



NGUYEN THI BINH

LA VOZ DE LAS GUERRILLAS

Por **EMMANUEL D'ASTIER**

La señora Thi Binh junto a Xan Thuy y Tram Buu Kiem (nuevo jefe de la delegación vietnamita). Mientras se negocia, la escalada en Vietnam del Sur continúa. Se ha llegado a las quinientas operaciones de bombardeo diarias.



JUNTO al bosque de Verrieres-le-Buisson, una casa de campo se levanta sobre un pequeño lago festoneado de cisnes. En la fachada flota una bandera azul pálido y roja con una estrella amarilla. Un coche de policía, inspectores y miembros de la Guardia Republicana vigilan la casa. Desde hace tres semanas, la delegación del Frente Nacional de Liberación está aquí, esperando las negociaciones, esperando la paz. En Salgón, capital de Vietnam del Sur, un gobierno atrincherado y protegido por el ejército ameri-

cano: la primera flota, la primera aviación del mundo, un ejército de medio millón de soldados americanos. El gobierno del presidente Thieu y del general Ky se autodenomina legal. Con los americanos, controla a duras penas las ciudades y la décima parte del territorio. Un país de quince millones de hombres resiste a la primera potencia de nuestro tiempo, a una nación de doscientos millones de americanos. Estados Unidos ha acuñado la palabra Vietcong: «comunista vietnamita». Para América no se trata de la sublevación de un pueblo, de una gue-

rra de independencia nacional, sino de un arreglo de cuentas entre el capitalismo y el comunismo. El «gendarme» no está allí más que para hacer reinar su dios y su orden en el Sudeste asiático. Un americano —Robert Kennedy— reconoció parcialmente la verdad antes de ser asesinado: «Qué irrisión el proclamar que hemos conseguido una victoria, porque un pueblo por el que han muerto dieciséis mil de los nuestros, a quienes hemos dado miles de millones de dólares y diez años, prácticamente, para organizar su defensa, no se haya sublevado contra no»

NGUYEN THI BINH
LA VOZ DE LAS GUERRILLAS

sotros. Todavía es más decepcionante y penoso comprobar que la población sudvietnamita no se ha levantado para defender la libertad amenazada por el Vietcong». Ocurría en febrero, en el momento de la ofensiva del Tet: el Frente Nacional y la Alianza de las Fuerzas Populares se habían lanzado al asalto de las ciudades. «El Vietcong ha sufrido una sangrienta derrota», decía Alsop, en el «New York Herald Tribune». Victoria americana: en mayo, segunda ofensiva del Frente, conversaciones en París. Luego comenzó la desescalada, en septiembre. Al principio, asesina y equívoca, puesto que se multiplican las acciones bélicas entre los paralelos 17 y 19. Por fin, el 1 de noviembre, cese de los bombardeos sobre Vietnam del Norte. Estados Unidos concentra sus ataques sobre el Sur. Quinientos «raids» diarios y los «B-52», las bombas de efecto retardado y la química defoliante llevan la muerte más allá de la guerra. La delegación del Frente está actualmente en Verrieres, junto al lago de los cisnes. En las conversaciones, junto a Vietnam del Norte, los americanos y el gobierno de Saigón, ella representa el levantamiento del pueblo. «Todos comunistas»: subiendo las escaleras pensaba en los comienzos de 1944, cuando la Resistencia francesa era etiquetada por los alemanes de comunista, judía y gaulista.

En el salón, en el que entré acompañada de Bernard Kouchner, que volvía de Biafra —el otro genocidio—, y con Wilfred Burchett, nuestro corresponsal en Hanoi, había dos mujeres de pie. Ambas eran hermosas, hieráticas: la primera, vestida con una túnica verde, con el pequeño «echarpe» vietnamita, de pequeños cuadros grises y negros, en torno al cuello; la segunda, con una túnica azul. En medio de la agitación de París y el flujo verbal denotan una paciencia y firmeza singulares. Hablan en voz baja. Son de una dulzura como desconfiada y sólo les turba el vuelo de los aviones que no llevan bombas. Estamos lejos de la guerra, de la crisis monetaria occidental, de una América en conflicto. La primera mujer, la de túnica verde, encabeza la delegación: Nguyen Thi Binh.

Binh significa paz; Thi, señora; Nguyen es el «nombre dinástico» del presidente del Frente, Nguyen Hu Tho. Los Nguyen se cuentan por millares. La lengua vietnamita es monosilábica. La segunda mujer, la vestida de azul, es Thanh Van, amiga y secretaria.

Las preguntas se suceden ociosas, prolijas, occidentales; las respuestas, reflexionadas, asiáticas. Se impone el vocabulario de la misión. La mujer, toda discreción, se diluye; sólo reaparece un instante en una sonrisa o en una arruga del rostro: «patriotas, patriotas, patriotas, colonialistas, imperialistas, intervencionistas». Ellos caminan por una senda, nosotros caminamos por otra. Sin embar-

go, sus estribillos, sus motivos, despiertan nuestras profundas preocupaciones y las entrelazan.

Para evitar cualquier confusión, establezco una cronología ante Nguyen Thi Binh: «Usted nació en 1927. Es decir, tiene trece años en 1940, al desencadenarse la última guerra mundial; dieciocho, en 1945, al término del conflicto. Veintitres, en 1951, cuando es encarcelada. Y veintisiete en el momento de los acuerdos de Ginebra, antes de entrar en las guerrillas». Nguyen Thi Binh, piel y cabellos lisos; manos frágiles y fuertes, es una estudiante de un liceo de Saigón y ya va peinada con moño. En 1945, en la revolución de agosto —cuando la derrota de los japoneses— y la vuelta de franceses e ingleses, Nguyen Thi Binh forma parte del movimiento de Independencia nacional. Pasa su examen de grado, se dedica a la enseñanza: en torno a ella sigue habiendo soldados, cuerpos expedicionarios. El 19 de marzo de 1950, entre un centenar de miles de personas, participa en la manifestación de protesta contra la ocupación francesa y el apoyo americano, con su flota en el puerto de Saigón. Mil novecientos cincuenta y uno, segunda gran manifestación, detenida. Tres años de prisión y torturas. Los acuerdos de Ginebra la ponen en libertad: doce días de esperanzas. Se van los franceses y llegan los americanos, la dictadura y las porras. Ella no es comunista, se une a los guerrilleros. Se casa y tiene dos niños; el marido está en la guerra; los niños, de amigos en amigos. Se convierte en uno de los jefes del movimiento, miembro del Comité Central del Frente Nacional de Liberación. De escondite en escondite, los millares de toneladas de bombas, los centenares de «raids» se convierten en el pan de cada día.

En la actualidad, en París, Nguyen Thi Binh —la chica de liceo con moño— es portavoz de un ejército secreto de campesinos, de obreros e intelectuales. Se centra en ella el deseo de millones de hombres: la independencia y la paz.

Esta entrevista no es como las otras. Es una fiesta púdica, como asombrada. Veinticinco años de guerra ininterrumpida para que esta mujer delgada y bella represente al victorioso pueblo vietnamita, en un decorado de opereta 1930. La foto de Nguyen Van Troi estalla por encima de los dorados y de las caobas de imitación. Wilfred Burchett y Roger Pic, testigos y compañeros de lucha, están en su casa. D'Astier busca a la mujer por debajo de los dorados y de las caobas de imitación. Wilfred Burchett y Roger Pic, testigos y compañeros de lucha, están en su casa. D'Astier busca a la mujer por debajo de los dorados y de las caobas de imitación. Wilfred Burchett y Roger Pic, testigos y compañeros de lucha, están en su casa. D'Astier busca a la mujer por debajo de los dorados y de las caobas de imitación. Hay poco sitio para la persona en este tipo de vida.

EMMANUEL D'ASTIER.—¿Es usted una mujer de las ciudades o de los campos?

THI BINH.—Vivía en Saigón, porque debía hacer mis estudios. A partir de mil novecientos cuarenta y cinco, mi padre se había ido con las guerrillas. He acabado el Bachillerato, me he matriculado en algunos cursos de Pedagogía y empecé a enseñar.

E. A.—Esta educación se hacía mitad en francés y mitad en vietnamita, ¿sufría usted por eso?

THI BINH.—La lengua vietnamita estaba considerada entonces como secundaria, cosa que yo sentía profundamente.

E. A.—¿A qué edad entró usted en el ciclo infernal de la violencia, de la guerrilla y de la guerra?

THI BINH.—Empecé mis actividades en mil novecientos cuarenta y cinco. Entonces había empezado en mi país la revolución de agosto. Después de la derrota de los fascistas japoneses, los franceses no habían regresado todavía. Entonces el pueblo de Vietnam se sublevó y aquello fue la revolución de agosto. Todo el pueblo estaba en pie, sobre todo los jóvenes como nosotros. Yo participé en el movimiento de los estudiantes. La consigna era: independencia nacional. Estábamos contra el colonialismo francés y, ya entonces, contra los fantoches: en aquel momento, Bao Dai estaba en el poder.

E. A.—Después de la primera manifestación, usted fue encarcelada...

THI BINH.—La primera manifestación contra el colonialismo francés y los intervencionistas americanos tuvo lugar en mil novecientos cincuenta. Fue en mil novecientos cincuenta y uno cuando me detuvieron. Fue Nguyen Hu Tho, actual presidente del F.N.L., al que detuvieron a raíz de la primera manifestación.

E. A.—Por su familia, ¿a qué medio pertenecía usted? ¿Era usted burguesa, hija de funcionario?...

(Thi Binh no comprende el interés de estas preguntas. D'Astier retrocede, explica la necesidad de un retrato humano, vuelve a la carga. Thi Binh, desde el momento que ya no habla de su país, ofrece el aspecto de una encargada de tienda de modas escuchando cortésmente a su cliente. No quiere hablar de sí misma. D'Astier quiere saber su religión. Le preguntamos entonces si ella es comunista y comienza de nuevo la conversación.)

THI BINH.—No tengo partido. Mi partido es el de los patriotas. He sido educada en una familia de patriotas. Mi abuelo desplegó durante toda su vida actividades anticolonialistas. Se puede decir que mi familia es de tendencia budista, puesto que se practica el culto a los antepasados.

E. A.—De mil novecientos cuarenta al cuarenta y cinco tuvo lugar lo que yo llamo «la guerra blanca». ¿Qué fue lo que experimentó usted por este gran conflicto?

THI BINH.—Es una pregunta difícil.

Binh significa paz; Thi, señora; Nguyen es el "nombre dinástico" del presidente del Frente: Nguyen Hu Tho. "No tengo partido —ha dicho a Emmanuel D'Astier—. Mi partido es el de los patriotas".

No me acuerdo muy bien del comienzo de la guerra; sólo oí hablar de fascismo. Se sabía entonces que el fascista Hitler cometía crímenes inmundos y que mil novecientos cuarenta y cinco fue, con toda seguridad, su derrota. Pero antes de aquello, en el país, el movimiento de independencia nacional era cada vez más fuerte. Yo no participaba todavía en él; era demasiado joven, pero sabía que existían movimientos de insurrección un poco por todo el país. En mil novecientos cuarenta y cinco, el movimiento afectó a todo el pueblo.

(¿Cuál fue su vida de estudiante en el provinciano Saigón, que todavía no había sido tocado por el "american way of life"? Recordamos a los contestarios de mayo. La palabra parece intraducible. No sabremos gran cosa del medio estudiantil. Para Thi Binh, el combate es el del pueblo entero. Cuando habla de las mujeres vietnamitas tiene una sonrisa radiante.)

THI BINH.—Yo trabajaba con los estudiantes y con los chicos de liceo; también con las mujeres y entre los intelectuales. Con anterioridad ya había mujeres en la lucha, principalmente obreras y campesinas. En mil novecientos cuarenta y cinco, el movimiento de las mujeres se hizo importante; sin duda, ellas experimentaban la opresión todavía más que los hombres. Las mujeres no disponían más que de la libertad cívica y muchas menos posibilidades que los hombres. La lucha política y patriótica ayudaron enormemente a la emancipación de la mujer. Para las mujeres, salir del feudalismo era un largo camino.

E. A.—¿Aprobaban sus padres su militancia en mil novecientos cuarenta y cinco?

THI BINH.—No encontré obstáculos en mi familia. Pero ése no era el caso de todo el mundo. Para muchas otras mujeres fue bastante más difícil; en ocasiones fue necesario escaparse de casa. En nuestro país hay muchas familias de patriotas que no quieren que sus hijos militen, sobre todo las muchachas. Son patriotas, pero conservadores.

E. A.—Quedémonos en mil novecientos cuarenta y cinco. En aquel entonces hay en su país dos campos —nosotros también hemos sabido lo que es eso en Argelia—; existía el bando de los vietnamitas que se acomodaban a la situación y el bando de los que querían un cambio total. Su percepción del mundo vietnamita, ¿lo ha conocido a través de la idea de enemigos y amigos?

THI BINH.—En general, se puede hacer la diferencia entre los enemigos y los no-enemigos. Usted sabe que nosotros queremos hacer una unión nacional muy amplia. No somos muy intransigentes, desde el punto de vista de las concepciones políticas. Si usted está



"Se pregunta por qué hago política, por qué nuestras mujeres hacen política. Yo digo: si usted entiende por política la lucha por el derecho a vivir, entonces estamos obligados a hacerla. No es política".

a favor de la independencia nacional —incluso sin participar en la lucha—, entonces es usted amigo.

E. A.—En su juventud, a la edad de diecisiete años, ¿se planteó usted el problema de las relaciones entre el comunismo y el capitalismo?

THI BINH.—Esa es la clave de nuestro combate.

E. A.—El problema es más amplio. Usted se encontraba ante un fenómeno que no era únicamente vietnamita: la gran batalla entre capitalismo y comunismo en el mundo.

THI BINH.—Sí, nosotros lo sabíamos. Pero, en nuestro país, creo que el problema de los agresores extranjeros dominaba por encima de todo.

E. A.—¿Ha viajado usted mucho por su país? ¿Conoce usted igual de bien lo que se llama ahora el Norte y el Sur?

THI BINH.—Apenas conozco el Norte. El Sur, sí. Nosotros nos vemos en la necesidad de correr de un sitio para otro.

E. A.—¿Qué recuerdos conserva usted de la prisión? En mil novecientos cincuenta y uno.

THI BINH.—Los de haber estado durante mucho tiempo.

E. A.—¿Habían hecho ya su aparición las malas costumbres de nuestro siglo, es decir, los malos tratos y las torturas?

THI BINH.—Sí, desde bastante tiempo atrás, desde la ocupación francesa. No se puede hacer colonialismo sin violencia. Yo fui torturada con agua y con electricidad.

E. A.—Usted tuvo, sin embargo, un momento de relativa felicidad, de esperanza relativa: el momento de los Acuerdos de Ginebra.

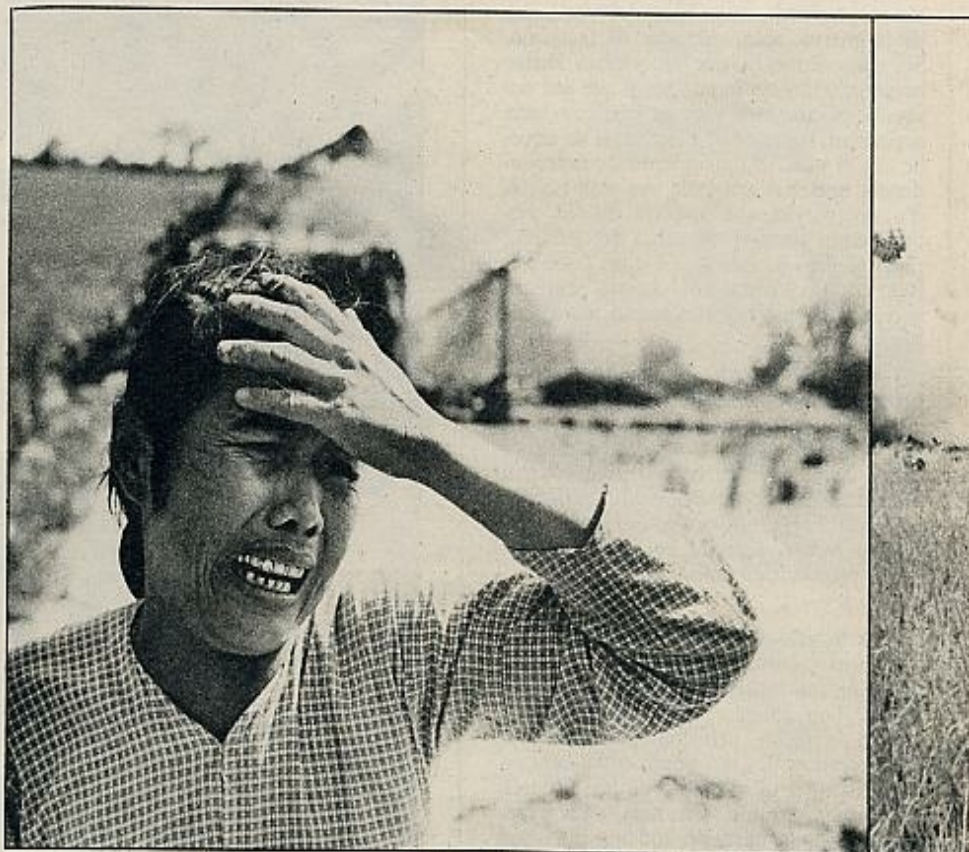
THI BINH.—Pienso que no era desgraciada.

E. A.—¿Se sentía usted desgraciada al ver a su patria sometida?

THI BINH.—Sí. Pero, personalmente, yo era feliz y, en el terreno de la política, los Acuerdos de Ginebra fueron una esperanza.

E. A.—Y después de estos Acuerdos, nosotros llevamos a los americanos a Vietnam del Sur.

THI BINH.—Creo que la responsabilidad de los franceses está en causa, pero hay que decir que los americanos son también imperialistas. Llegaron en mil novecientos cincuenta y no en mil novecientos cincuenta y cuatro. El incidente del diecinueve de marzo del cincuenta es simbólico y muy importante. Cuando llegaron a Saigón un portaaviones y dos contratorpederos querían dejar entender, simbólicamente, su apoyo a la guerra que hacían los franceses. Inmediatamente, pocas horas después, varios cientos de miles de jóvenes se manifestaron contra los americanos e intentaron ir hasta el puerto para lanzar piedras contra los barcos. Toda la ciudad de Saigón fue inmovilizada, paralizada. Los franceses no se espe-



raban demasiado una ofensiva general; llamaron a todas sus tropas para cercar Saigón. Todas las capas sociales estaban en pie, en la calle, incluso los intelectuales y los burgueses. Se quemaron banderas americanas y francesas; se derribaron las fotografías de Bao Dai. Yo me encontraba ante la Embajada americana. Se puede decir que, desde aquel momento, nuestro pueblo sabía que —detrás de los franceses— estaban ya los americanos. El diecinueve de marzo se convirtió para todo el pueblo vietnamita en una jornada nacional de lucha contra el imperialismo.

E. A.—¿Los Acuerdos de Ginebra?

THI BINH.—Todo el mundo estaba muy contento y feliz al pensar que, pronto, tendríamos la paz y la independencia. Yo estaba en aquel momento en Saigón, recién salida de la cárcel. El uno de agosto participé en la primera manifestación de Saigón, para celebrar los Acuerdos de Ginebra y la paz que acababa de ser proclamada. Había gallardetes, banderas azules en señal de paz e incluso banderas francesas: no somos rencorosos.

»Solamente diez días después de los Acuerdos, la policía disparaba. Una amiga mía recibió una bala en el vientre. Afortunadamente, no murió. Actualmente está en la Resistencia. Fundamos el «Movimiento Saigón-Cholon», para la aplicación de los Acuerdos de Ginebra. Nguyen Hu Tho era el presidente y yo formaba parte del Comité. El movimiento tomó

gran amplitud. Se formaron comités por todas partes; organizaban manifestaciones donde se daban a conocer estos problemas. Comprendimos que la paz no estaba cerca.

E. A.—¿Se encargó el gobierno Diem de la represión?

THI BINH.—Sí, con la ayuda de los consejeros americanos.

E. A.—Hubo entonces un gran movimiento migratorio: colonlistas y católicos del Norte fueron al Sur y gentes del Sur, en dificultad, pasaron al Norte...

THI BINH.—Yo estaba en Saigón cuando llegaron los refugiados del Norte. Las gentes del Sur preguntaban; se les explicaba lo que pasaba allí y todos se mostraban muy asombrados. Se trataba de un trabajo político el explicar a las gentes que venían la propaganda de la C. I. A., la guerra psicológica.

(Burchett estaba entonces en Vietnam del Norte. Cuenta cómo los católicos creían seguir a Cristo emigrando al Sur. Se les había prometido a los campesinos arrozales y barcos de pesca. Iban a encontrar a la religión y se toparon con la guerra. D'Astier pregunta de nuevo a Thi Binh sobre su familia. Dispone de una risa cristalina para hablar de su boda.)

THI BINH.—Sí, yo me casé el año de los Acuerdos de Ginebra.

E. A.—Pero la unidad familiar no pudo

NGUYEN THI BINH
LA VOZ DE LAS GUERRILLAS



durar mucho tiempo; su marido se fue en seguida con los guerrilleros.

THI BINH.—Yo me quedé en Saigón para seguir enseñando. Pero el Movimiento de la Paz nos acaparó. Pasé a la clandestinidad en el mismo Saigón. Después tuve que abandonar la capital.

E. A.—¿Pero usted tuvo hijos?

THI BINH.—Sí, dos: niño y niña.

E. A.—¿Difícil?

THI BINH.—No demasiado. El pueblo nos ayuda mucho. Confiamos los niños a los amigos. Mi marido era politécnico. Ahora está en la guerrilla.

E. A.—¿Qué edad tienen los niños?

THI BINH.—El niño tiene doce años, nació en mil novecientos cincuenta y seis. Fue el año de las elecciones y quise darle un nombre de esperanza. Se llama Tang: «Victorioso».

E. A.—¿Significa algo Thi Binh en vietnamita?

THI BINH.—En nuestro país todos los nombres tienen un significado y casi todos son nombres bonitos: reflejan las aspiraciones del pueblo. Binh quiere decir paz. Nguyen es el nombre de familia. Thi significa señora.

E. A.—Usted se llama Paz; su hijo, Victoria, ¿y la niña?

THI BINH.—Mayo, Flor de Primavera. Tiene ocho años.

(Hablando de sus niños, Thi Binh se

ha animado. Bebemos por la primavera de la nación vietnamita.)

E. A.—Voy a hacerle una pregunta difícil. Aparte de los hombres que les queren y les ayudan un poco por todas partes, ustedes tienen dos grandes naciones que les sostienen. Se trata de China y de la Unión Soviética. ¿Le ha dolido la ruptura entre China y la Unión Soviética?

(Thi Binh adopta de nuevo una actitud grave, se sienta y reflexiona largamente. No se comprometerá nunca y no sabemos nada de la herida.)

THI BINH.—Puedo decir que el pueblo de Vietnam del Sur en general quiere que todos sus amigos estén unidos, porque ello supone la fuerza. Hemos recibido apoyo de los dos lados, un gran apoyo, muy eficaz.

E. A.—¿Usted está firmemente ligada a una neutralidad, al menos en Vietnam, y, en tanto que posible, del Sudeste asiático?

THI BINH.—Antes de nada, la independencia. Los principales objetivos del Frente son la independencia nacional, la democracia, la paz, la neutralidad. El programa político del Frente está de acuerdo con el espíritu fundamental de los Acuerdos de Ginebra: elecciones libres por sufragio universal y escrutinio secreto.

E. A.—Después de la paz, ¿continuará usted haciendo política?

THI BINH.—Se pregunta por qué hago política, por qué nuestras mujeres hacen política. Yo digo: si usted entiende por política la lucha por el derecho a vivir, entonces estamos obligados a hacerla. No es política.

E. A.—No hablo de la independencia, que no tiene que hacer con la política. Hablo de la lucha social y de la lucha económica que seguirá después.

THI BINH.—Entonces pienso que, como todas las mujeres de Vietnam del Sur, yo aspiro a una vida normal: me gusta mucho enseñar y disponer de una familia reunida. Pero es un deber para cada uno el tener una vida de ciudadano para levantar su país.

E. A.—Ahora hay una atmósfera que me inquieta. Se cree que la partida ha sido jugada. Se impone que la vigilancia internacional no disminuya. Es difícil.

THI BINH.—Actualmente se ha intensificado la guerra. La propaganda americana ha dado sus frutos. La desescalada, la limitación de los bombardeos de Johnson es una fórmula diabólica. La escalada se libra ahora en el Sur. Desde octubre se han triplicado los bombardeos sobre Vietnam del Sur y se ha alcanzado la colosal cifra de quinientas operaciones diarias. Todos los aviones que operaban entre los paralelos diecisiete y diecinueve trabajan ahora sobre el Sur. ■